

» Se inclina al tajo, con su diestro brazo
Da la señal de herir, y con presteza,
Exánime y sangrienta, de un hachazo,
Rueda sobre el cadalso su cabeza.

» Derrocada la patria dinastía
Del rey desventurado con la muerte,
Desbórdase rugiendo la anarquía,
La enfrena el *Protector* con mano fuerte.

» Seguí constante la segura huella
Del vencedor, indómito caudillo;
Deslumbró al universo de su estrella,
Jamás contraria, el victorioso brillo.

» Atónitos los pueblos admiraban
Su fiero ardor, su austeridad sombría;
Sus escuadras los mares fatigaban,
Y su ejército fiel siempre vencía.

» Él de la libertad ornó las sienes
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Y de su mando los fecundos bienes
Con letras de oro grabará la historia.

» Pero no bien á la insaciable tumba
De la presente edad baja el coloso,
Tiembla, se desmorona y se derrumba
Su alcázar con estruendo pavoroso.

» Y la nacion, que se juzgó salvada
Por la sangrienta mano del verdugo,
Hoy, de su libertad ya fatigada,
Se amarra dócil al antiguo yugo.

» Y tras de tanto sacrificio acerbo,
El derrocado trono restablece.—
El pueblo quiere ser déspota ó siervo;
Ama la libertad y la envilece;

» Mañana desatiende al que hoy escucha;
Al ídolo de ayer ora desprecia;
Goza en las emociones de la lucha;
Las ventajas del triunfo menosprecia.—

» ¿Qué pensarás, monarca restaurado,
Del pueblo que á tus piés llega anhelante?
¿Qué dirás al oír alborozado
A tu arribo feliz salva triunfante?—

» ¿Cuándo la voz del pueblo es voz del cielo?
¿Cuándo escarnece al rey y le destrona,
O cuándo, ardiendo en entusiasta anhelo,
Llama al hijo y le vuelve la corona?

» Soberano infeliz, Cárlos primero,
Si aún tu espíritu vaga por el mundo,
Mira de hinojos á tu pueblo fiero
Ante su nuevo rey Cárlos segundo.

VI.

» Tanta escena de horror y tanto crimen,
Tanta desolacion y estragos tantos,
Profundas huellas en mi pecho imprimen
Y hallan ecos terribles en mis cantos.

» El eco que repiten las montañas
Con sonido doliente y prolongado
En sus abiertas cóncavas entrañas,
Es confuso, incompleto y apagado;

» Pero el eco del alma no aminora,
Concento que repite lo engrandece,
Con nuevas vibraciones lo avalora,
Y con sentidas notas lo embellece. —

» Pulso las cuerdas de la hebraica lira,
La tempestad flamígera me alumbra,
La sacra musa de Sion me inspira,
Y á las regiones célicas me encumbra.

» Y describo batallas estridentes
De grandeza sin par, de eterno duelo;
Que son el bien y el mal los combatientes,
Y el campo de batalla el mismo cielo.

» Trazo el hórrido golfo del averno,
De Satán la fatídica figura,
Su indomable altivez, su afan eterno
De vengarse de Dios y de su hechura.

» Vuela al Eden el pérfido enemigo,
Ve la mansion de bienandanza llena,
Y tiembla de furor. ¡Qué más castigo
Para el malvado que la dicha ajena!

» De fresca gruta en la apacible sombra
Contempla á los humanos moradores
Que, reclinados en la verde alfombra,
Hablan de sus dulcísimos amores.

» Ve que no por temor, que á Dios adora
Adan por gratitud. ¡Su dicha es tanta!
No es su oracion la que demanda y llora,
Es la oracion que glorifica y canta.

» De la envidia las olas de veneno,
De la venganza las airadas nubes,
Se agolpan y agigantan en el seno
Del que fué el luminar de los querubés,

» Y audaz emprende..... Mas, ¿á qué repito
El que en largas veladas te he dictado
Épico libro, por tu mano escrito,
Y en tu sencillo corazon grabado?

» Del Eden la tragedia misteriosa,
En que la fe resuelve el gran problema,
Llave de nuestra vida dolorosa,
Lego á la humanidad en mi poëma.

VII.

» ¡Qué irrisoria del vate es la corona!
¿Qué importa que su cántico se admire,
Si con desden el mundo le abandona
Y de hambre en un rincón deja que espire?

» Pronto de pan mendigaré un pedazo
Quien ostenta la délfica diadema;
Y ¡pagan al verdugo cada hachazo
Más de lo que me vale mi poëma!

» Si fuera el interés el móvil solo
Del calumniado corazón del hombre,
¿Quién en el templo del ingrato Apolo
Mármol buscárá do grabar su nombre?

» Mas nuestro corazón responde y late
Á impulsos altos de divina esfera:
¿No marcha el héroe impávido al combate?
¿No va tranquilo el mártir á la hoguera?

» Nunca anhelé subir de la riqueza
Al palacio de techo artesonado,
Ni me placen el ocio y la pereza
Del torpe y sibarita potentado.

» Y fuera yo el mortal más venturoso
Si pudiera en Albion vivir tranquilo,
Y habitar, ni envidiado ni envidioso,
De la sóbria virtud en el asilo.

» Pero estar en continuo desosiego
Y fatigando espíritu y materia,
Llegar á la vejez y hallarse ciego,
Fugitivo y sumido en la miseria,

» Anonada, enloquece. En mi demencia
Indigno y criminal me juzgo á veces
Cuando me hace apurar la Providencia
El cáliz del dolor hasta las heces

VIII.

» Hoy me destierra de los patrios lares
Implacable y cruel suerte enemiga,
Y en suelo extraño, allende de los mares,
Hogar y pan á mendigar me obliga.

» Verdes colinas, arroyuelos claros,
Prados amenos do jugué de niño,
Parece que en el punto de dejaros
Mi corazon os tiene más cariño.

» Tierra donde rodó mi humilde cuna,
¡Cuál me cuesta arrancarme de tus brazos!
¡Ojalá que propicia la fortuna
Junte á tus hijos en fraternos lazos!

» Adios, tierra natal, suelo querido,
Oye el postrer adios del vate ciego:
Tu desdeñosa ingratitud olvido
Y al Sér Supremo por tu dicha ruego.

IX.

» La reina del espacio, la sagrada
Ave de Jove, emblema de la guerra,
Que anida por las nubes circundada
En los montes más altos de la tierra,

» El águila que en yugo incontrastado
Á todo el reino de las aves tiene,
Y que cierne su vuelo sosegado
Sobre el Cáucaso, el Atlas y el Pirene,

» Si luengo tiempo prisionera gime,
Tras angustioso padecer sombrío
Mirando la cadena que le oprime,
Su cuna olvida y su arrogante brío.

» Y no sabe (sus fuerzas agotadas
En enervante y lánguido desmayo)
Cómo extender las alas enarcadas
Para volar á la region del rayo.

» Así se olvida el alma, de este suelo
Encadenada en la prision oscura,
Que más allá del estrellado velo
Se encuentra su region y su ventura.

» Y segun se prolonga la existencia,
Cual flor que se deshace hoja tras hoja,
De la paz, del amor, de la inocencia
Y hasta de la esperanza se despoja.

» Crece la vida y la desdicha crece,
Y se empieza á dudar si Dios es justo,
Viendo que la virtud ora y padece,
Y sube el vicio á tribunal augusto.

» ¡ Ah, cuántas veces el delito lleva
Del ínclito poder á la alta cumbre,
Como del fondo de la mar eleva
Al cadáver su misma podredumbre.

» Y hundidos en inerte desaliento,
No tenemos los míseros humanos
Ni á quién alzar el desmayado acento,
Ni á dó tender las suplicantes manos.

» Marchítase la fe, la duda brota,
Y va asolando cual hirviente lava;
Y hasta el anhelo del placer se agota,
Y hasta el instinto de vivir se acaba.

X.

» La condicion mortal de nuestra vida
Es el dón más precioso de la suerte.
No con temor imbécil me intimida,
Ántes con avidez llamo á la muerte.—

» Pero ¿te hago llorar? ¡Hija del alma!
Oyendo estoy tu congojoso aliento;
Lloras, sí, y es por mí..... tus penas calma,
Que más tu lloro que mis males siento.

» Comprendo bien tu queja lastimera,
Amor me prueba tu inocente llanto,
Y miéntras haya un alma que nos quiera,
La vida tiene objeto y tiene encanto.

» Quiero vivir, pero vivir contigo,
Y aprecio tanto tu filial ternura,
Que desdeño mis penas, si consigo
No darte por herencia mi amargura.

» Cuando cubra la tumba mis despojos,
Cuando engrandezca el tiempo mi memoria,
En el cristal de tus azules ojos
Con viva luz reflejará mi gloria.

» Eres, Débora, el aura de bonanza,
Que en primavera el manantial deshiela,
El ángel celestial de la esperanza
Que acompaña al dolor y le consuela.

» ¡Te hará gemir el que te debe tanto!
¡Oh, déjame enjugar tu rostro hermoso!
Fueran tus penas mi mayor quebranto,
Sé tú feliz, y me verás dichoso.»

XI.

El bajel, de la orilla ya cercano,
Ancla y bota á la mar lancha ligera,
Que, encomendada á la robusta mano
De hábil remero, atraca á la ribera.

Entra en el bote el ciego desvalido,
Y Débora tras él rauda se lanza,
Boga la lancha al barco detenido
Y en instantes brevísimos le alcanza.

De nuevo el barco su derrota emprende
Dejando al rededor montes de espuma,
El seno de la mar ligero hiende
Y desaparece entre la densa bruma.

XII.

Los que sabeis que el alma atribulada
Necesita de Dios en sus dolores,
Y no cerrais del corazon la entrada
De la ajena desdicha á los clamores,

Venid, venid á mí, y si os contrista
El lamentar del inspirado ciego,
A las alturas dirigid la vista
Y al Sér Eterno compasivo ruego:

¡Que amanse su furor el Océano!
¡Que no se nuble la polar estrella!
¡Que Dios proteja al venerable anciano!
¡Que ampare Dios á la gentil doncella!

EL DIA DE LUNA,

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.